

LIBRO TERCERO.

El verdadero cristianismo  
ES EL CATORICISMO.

LIBRO TERCERO.

El verdadero cristianismo

ES EL CATORICISMO.





esfera del orden físico, del orden intelectual y del orden moral.

Solo el cristianismo puede glorificarse de tener un fundador con el cual no puede parangonarse jefe alguno de otra religion, y que sostiene el paralelo con Dios, porque es infinito en duracion, en sabiduría, en poder, en amor, en santidad y en el conjunto de su constitucion sobre-humana.

Sólo el cristianismo ejerce sobre la sociedad doméstica y sobre la sociedad civil una influencia civilizadora que no realizan en manera alguna las naciones privadas de su luz.

Sólo el cristianismo proporciona á las almas una energía moralizadora de la cual son tan poco capaces las demás religiones, que no vacilan en negar ciertas virtudes cristianas, convencidas de su impotencia para reproducirlas.

Sólo el cristianismo tiene un origen que descansa en la certeza histórica, y no en las nebulosidades de la leyenda, segun resulta de un estudio atento de la autenticidad de sus libros, de la realidad de sus hechos primitivos y de la formacion de sus dógmas.

Y ahora ha de permitirme el lector que dirigiéndome á su buena fe le pregunté: ¿No consiste más bien la imparcialidad, verdadera y

filosófica, en confesar que no existe religion alguna que ofrezca tales garantías á la conviccion, que en guardar las mismas consideraciones y en contemplar con identico desdén á todas las religiones?

Mas ello es que la dificultad más bien que á desvanecer, tiende á retroceder. Asi como nos ha sido indispensable elegir entre las diversas religiones positivas, ha llegado la hora de optar entre las diversas comuniones cristianas.

Jesucristo, despues de haber enseñado á los hombres, no podia, sin destruir la economía moral de este mundo, privar á la libertad humana de falsificar su revelacion: ahora bien, subsistiendo incesantemente la libertad de las falsificaciones, era indispensable una institucion tutelar destinada á poner á cubierto de toda alteracion el pensamiento de Cristo. De aqui la necesidad de una sociedad docente que tuviera con fida á su cuidado la conservacion en la tierra del depósito divino: Mas, entre tantas sociedades cristianas, ¿dónde estará el verdadero cristianismo? ¿Qué medio tenemos para distinguir entre tantas iglesias la verdadera Iglesia?

No tema el lector que vengamos á encender de nuevo odios anejos entre los discipulos del verdadero cristianismo y los disidentes. No per-

mita Dios que séamos ménos indulgentes respecto de nuestros hermanos sepárdos, de lo que lo hemos sido al combatir á los filósofos y á los infieles. La caridad no es solamente el rasgo divino de la apologética sino también la prueba, ya que siendo Dios todo amor, cuanto más se acerca uno á El, mejor se le demuestra.

No se pierda de vista sin embargo, que el amor que se siente respecto de los que yerran, no consiente mirar con indiferencia sus errores: pues así como la pluralidad de religiones no excluye la verdad de una sola religion, la multiplicidad de iglesias no ha de ser motivo para que prescindamos de buscar la verdadera Iglesia. No se me oculta en manera alguna la preocupacion generalmente admitida y encaminada á considerar semejante exámen como funesto á la union de los espíritus y de los corazones; mas tampoco desconozco que el rechazar tales discusiones, mejor que de exceso de caridad proviene de falta de fé: que así como el deísta que guarda á todas las religiones idénticos respetos, no cree en ninguna, el cristiano que tiene idéntica confianza en todas las comuniones de su religion, sólo tiene respecto del cristianismo una fé que podríamos llamar de mera convencion.

Importa pues conocer los motivos especiales y perentorios que existen para ser católico preferentemente á ser cismático ó protestante. Todas las sectas cristianas exclaman: ¡Cristo! ¡Cristo! mas no cabe dudar que no todas lo poseen segun el mismo título, puesto que no todas lo entienden del mismo modo. Trátase de averiguar en dónde se halla Cristo tal cual él mismo se ha depositado en el corazon y en la memoria de una posteridad de antemano elegida. Convenimos en que semejante cuestion podría no ser del todo decisiva respecto á la salvacion de todo cristiano que vive en la Iglesia donde nació, con una buena fé irrepachable; mas so pena de apostasia, se impone á los espíritus en que la misma suscita dudas, y que cuentan con medios para resolverlas.

No para dar satisfaccion á las vanas curiosidades de los hombres de escuela, sino con el propósito de facilitar esta solucion á los hombres de mundo hemos emprendido este trabajo. Atentos á ello vamos á eliminar del tratado de la Iglesia todo aparato científico, á fin de extras para el lector profano la esencia que podríamos llamar: el *Buen sentido* del asunto.

La Iglesia puede ser definida amplia y sencillamente; la sociedad de aquellos que profesan



la verdadera doctrina de Cristo. Mas como todas las sectas cristianas abrigan la pretension de poseer el verdadero Evangelio, trátase de orientar debidamente respecto del particular á los espíritus vacilantes ó desvanecidos. Veamos ahora cuales son los errores que se han de rectificar y los principios que deben establecerse para que la razon no confunda ningun pseudocristianismo con la revelacion verdaderamente cristiana.

Salta desde luego á la vista que es cosa opuesta á la razon el que el cristianismo exista únicamente en el estado individual y no en el social. La Iglesia no puede ser, como pretenden ciertos protestantes, un hombre comentando un libro, tanto porque la revelacion cristiana contiene cosas que no están en el libro, cuanto porque es menester una autoridad doctrinal para conservar, traducir é interpretar el libro, so pena de que en unánimes páginese encuentre el pro y le contra la afirmacion y la negacion. Por consiguiente el verdadero cristianismo debe estar constituido en sociedad bajo una magistratura infalible que juzga de las tradiciones y de los escritos concernientes á la fe; por consiguiente imaginar una iglesia cada uno de cuyos individuos subsista independientemente del conjunto, vale tanto

como imaginar un organismo que carezca de miembros. Para desvanecer esta ilusion vamos á demostrar que el verdadero cristianismo debe estar fundado como sociedad que al par enseña y aprende.

Y si está fuera de razon que la Iglesia sea un cuerpo sin miembros, más lo está que sea un cuerpo sin cabeza. Este es sin embargo el error de los cismáticos. En tanto que la herejía prescinde del *magisterio* sagrado, el cisma rechaza el *gobierno* del Pontífice romano: la una se sustrae á la *autoridad doctrinal*, la otra al *primado papal* y por consiguiente deberíamos consagrar un segundo capítulo á poner en evidencia que la Iglesia, como todos los cuerpos, debe tener un jefe y que este jefe posee los derechos que le niegan las comuniones disidentes.

Y si es racional que la Iglesia no sea un cuerpo sin miembros, ni un cuerpo sin cabeza, tampoco puede admitirse que sea un cuerpo sin alma, es decir, que deba recibir la vida de la sociedad civil. Es de advertir que así como despues de los herejes que alteran la integridad dogmática, vienen los cismáticos que alteran la unidad de gobierno, en pos de los cismáticos aparecen los sectarios políticos, que pretenden que la Iglesia dependa del Estado. Llámense Mar-

alicanos, Protestantes, Richerianos ó Jansenistas, en último resultado es el mismo fondo de su sistema. La plenitud del poder eclesiástico, dicen, ha sido confiada *inmediatamente* por Jesucristo al pueblo, y como éste no puede llenar por sí mismo esta función, la delega unas veces á los ministros consagrados, otras al jefe del Estado, que elije por sí mismo esos ministros; de dónde se sigue que el poder temporal es la fuente de los poderes espirituales. "Todos esos atentados, dice Bossuet hablando de los efectos prácticos de semejante doctrina, estaban fundados en el principio de que no existía jurisdicción, sea secular sea eclesiástica, que no debiese referirse á la autoridad real como á su fuente. . . . Cosa que, sin duda alguna, constituye la más inaudita y escandalosa adulación que jamás haya brotado del espíritu humano (1)." Para salir al paso á esta teología de a servidumbre, será indispensable dejar demostrado que la Iglesia en sus atribuciones espirituales, es una sociedad autónoma, del todo independiente del poder temporal.

(1) *Histor. de las var.*, lib. 8.

Si la razón dice que la Iglesia no debe ser un cuerpo sin alma, enseña también que ese cuerpo debe tener una forma determinada, y que esa forma es la unidad. Es pues en vano que ciertos desidentes erijan la variedad infinita de las creencias en sistema, para que no pueda hacerse de ello una objeción, y consideren la Iglesia como una colección monstruosa de sectas, pululando, despedazándose y concluyéndose en todos conceptos, salvo estar conformes en el principio y causa de todas las divergencias: el libre exámen. A esta teoría de la confusión será bueno oponer el buen sentido de la obediencia católica, poniendo de manifiesto que el verdadero cristianismo debe revestir en su forma social el sello de la unidad.

Conocida la forma del cuerpo de la Iglesia, ¿cuál debe ser su estatura? Entre los adversarios de la verdad los hay que dicen: Hubo tiempos en que la Iglesia se mantuvo invisible, ¿por qué se exige pues que tenga incesantemente una extensión moralmente universal? Otros añaden: es de esencia en las iglesias el ser nacionales, ¿por qué se quiere pues que traspasen las fronteras de los imperios á que están anexas? A esto contestaremos, que es porque la razón del hombre y la justicia de Dios exigen que, una



creacion destinada à proporcionar la salvacion universal, abarque el universo entero, y que el sol de los espíritus como el de los cuerpos brille para todo el mundo. Y para mejor demostrarlo pondremos en evidencia que el catolicismo permanente, entendido por lo ménos en un sentido moral, es una propiedad esencial del verdadero cristianismo.

Pero una vez resuelta la cuestion de estatura en el cuerpo de la Iglesia, se presenta la de temperamento. El temperamento de la verdadera sociedad cristiana debe contener en sí elementos sobrenaturales confundidos con la miseria de su parte humana. Debe exhalar un perfume de virtud y una especie de castidad delicada que le haga diferenciar del organismo de las demás comunidades cristianas. Ahora bien: asi como existe una grandeza moral propia de los discípulos del cristianismo, existen virtudes reservadas à los adeptos del verdadero cristianismo, y por lo mismo trabajaremos en su provecho, demostrando que está marcado de una santidad ó de un poder de moralizacion perfectamente característico.

Finalmente, despues del temperamento, la edad de la Iglesia debe responder à ciertas exigencias lógicas de la razon cristiana. Siendo la

funcion de la Iglesia, con relacion al Evangelio, lo que la Providencia respecto de la creacion, es decir, una obra incesante de conservacion, se sigue de aquí, que la edad de la Iglesia en lo pasado debe ser el apostolado, esto es, un origen tan antiguo como el mismo cristianismo, y que la edad de la Iglesia en lo porvenir debe ser la inmortalidad, esto es, una duracion igual à la duracion de Jesucristo en la tierra.

En estas cuestiones relativas à los miembros, à la cabeza, à la vida, à la forma, à la estatura al temperamento y à la edad de la verdadera sociedad cristiana, estudiadas en los capítulos subsiguientes, nos conducirán derechamente y por espaciosos senderos à la conclusion de este libro que es la siguiente: luego el verdadero cristianismo es el catolicismo.

Abramos este campo de exploracion por la primera tésis, à saber, que el verdadero cristianismo debe estar organizado en sociedad bajo una autoridad docente y que por lo mismo se perpetúa en la tierra en un cuerpo completo y no en miembros esparcidos. Dos ideas dominan y resúmen el asunto: 1 °. En principio la razon afirma que dicha sociedad debe existir. 2 °. De hecho la revelacion nos garantiza la existencia de esta sociedad.

Al probar en otra ocasion la necesidad de un sacerdocio con el objeto de preservar la religion de las usurpaciones, de las corrupciones y de las alucinaciones de la inspiracion individual, hemos puesto de manifiesto anticipadamente la conveniencia esencial de una institucion intermedia entre Cristo y la humanidad, destinada à poner de manifiesto el primero à la segunda y à impedir que la segunda desfigure al primero. Con todo y ser por demás reducido el número de personas con las cuales habló Jesus directamente, debía perpetuarse, universalizarse en favor de todos los mortales en un cuerpo siempre subsistente, siempre docente, à fin que ningun miembro de su familia se viera privado del beneficio de sus comunicaciones.

En virtud de semejante creacion, hanse realizado además un gran número de sublimes armonías. Como hemos nacido sociables en el orden religioso, del mismo modo que el orden natural, era menester que el verdadero cristianismo estuviese organizado socialmente à fin de responder à las necesidades de esa sociabilidad. Como somos débiles en nuestros pensamientos, era indispensable que Jesucristo confiara el suyo à un órgano indefectible, à fin de protegerlo contra las mutilaciones ó las tergiversaciones de interpretaciones futuras. Como somos libres y estamos destinados à salvarnos, en virtud del uso que hagamos de esa libertad, era indispensable depositar los méritos de la redencion en un vasto receptáculo, desde el cual fuesen distribuidos y aplicados à cada uno de nosotros segun la proporcion de nuestra correspondencia y de nuestras reclamaciones. Finalmente, como somos un compuesto de espíritu y de materia, era indispensable que la verdad tomara en la tierra un cuerpo visible para manifestarse de un modo cierto y libre de todos los mirajes del iluminismo.

Y hé aquí porque del mismo modo que el Verbo ha revestido nuestra carne en el casto seno de María, se ha hecho carne en una institu-



cion vasta como el mundo y llamada por este motivo su encarnacion permanente en la tierra. En virtud de su primera encarnacion unió su naturaleza divina à la humana; gracias à la segunda asocia indisolublemente su espíritu divino à un organismo que es tan digno como el seno de la Virgen de constituir el tabernáculo de Dios entre los mortales. ¿No es acaso un cuerpo de Jesucristo completamente venerable, el que ha merecido ser definido: la sociedad de los hombres que profesan la doctrina de Cristo bajo la enseñanza y el gobierno de los pastores legítimos, principalmente bajo la enseñanza y el gobierno infalible del pontífice romano, sociedad dotada por Dios de la universalidad de lugar, de tiempo y de doctrina para elevar à los hombres à la santidad durante la vida, y à la salvacion eterna despues de la muerte?

Diseñados los lineamientos principales de esta creacion, ¿no es evidente su necesidad como depositaria de la nocion de Cristo, de la revelacion oral y de la revelacion escrita?

Del mismo modo que Jesucristo es el mediador indispensable para el verdadero conocimiento de Dios, la Iglesia es indispensable para mantener la nocion exacta y sobre todo la divinidad de Jesucristo en los respetos del mundo, de tal

manera y hasta tal punto que la negacion de la Iglesia conduce inevitablemente à la negacion del cristianismo y de su autor.

O Jesucristo es el Salvador de los hombres, ó no es Dios. Pregunto yo ahora: ¿seria salvador inteligente el que habiendo hecho su revelacion no hubiese atendido à los medios de conservarla inalterable y de transmitirla à todas las generaciones? Jesucristo pasó rápidamente sobre la tierra: ahora bien, ¿qué ventajas habrían reportado de su breve aparicion los que no fueron ni sus compatriotas, ni sus contemporáneos, si no hubiese encarnado en el seno de una institucion que le enlaza à todos los siglos y que viene à constituir una especie de extension inmortal del mismo dentro de la cual será para siemprejamás contemplado y comprendido? Pues por lo mismo que Dios entregó à los hombres su doctrina, nos debia y se debia à si mismo el fundamento de un depósito, divinamente guardado de su poder, de su palabra y de sus gracias; un órgano infalible de sus voluntades, y si no hubiese establecido ese medio de comunicacion entre él y el mundo, el mundo habria perdido muy pronto la integridad de la doctrina de Jesucristo y Jesucristo la gloria de su divinidad.

Si, Dios no podia ser en manera alguna capaz de semejante imprevision; y esto es tan cierto que no queda más recurso que optar entre la Iglesia y el Deísmo, porque el protestantismo, que no es más que un estado intermedio, ha sido siempre para el espíritu humano un lugar de transición y no un estado definitivo.

Tan cierto es que no existiendo Iglesia queda en cuestion la divinidad de Jesucristo, que los grandes lógicos del protestantismo en virtud de necesidades racionales, en cierto modo más poderosas que su voluntad despues de haber negado la Iglesia, se han visto obligados á renegar de Cristo. Standlin es excusa de haber adoptado el racionalismo expresándose en los siguientes términos. "Es indispensable admitir que la divinidad, que ha proporcionado al hombre una revelacion, debe haber cuidado igualmente de impedir que el sentido de esta revelacion quedara abandonado al arbitrio de un juicio subjetivo. La inconsecuencia de Jesucristo faltando a semejante prevision, me induce á no ver en él más que un sábio bienhechor (1)." Véase pues como los que apostataron de la Iglesia

(1) *Magasin de l'histoire de la Religion*, parte 3 = p. 88.

sia so pretexto de que les bastaba con Jesucristo, renuncian á Jesucristo por que no pueden comprenderlo sin la Iglesia.

Ochin más sábio él sólo que la Italia entera, decia Calvino, ha formulado una conclusion casi idéntica á la procedente. "Considerando, por un lado, cómo habria podido ser que Jesucristo hubiese establecido la Iglesia regándola con su propia sangre, y por el otro cómo ha podido verse completamente perturbada por el catolicismo como estamos viendo, no he podido ménos que comprender que su fundador no podia ser el Hijo de Dios, puesto que de otro modo habria previsto lo porvenir (1)." Dominado por tales reflexiones Ochin abjuró el Evangelio por el judaismo: tan cierto es que sin la Iglesia el Evangelio carece de autoridad, Jesucristo de divinidad, y que hay una verdad rigurosa, no una fórmula entusiasta en el siguiente aserto de S. Agustin. "No creeria en el Evangelio si no estuviese movido por la palabra de la Iglesia (2)."

Es menester además una sociedad y un magisterio especial para servir de intérprete á la revelacion oral: el libro por sí sólo no es bastante.

(1) Diálogo sobre el protestantismo.

(2) *Epist. fundam. C. V.*



te á llenar semejante funcion, en primer lugar porque no toda la revelacion se encuentra en el libro; y despues y principalmente, porque el testimonio del libro jamás se halla rodeado de las garantías indispensables y de las luces necesarias para que tal ó cual regla de fé no sea mas oscura que la misma fé.

No se concibe que á la enseñanza de la verdadera sociedad cristiana, que abarca toda la revelacion, se prefiera la Biblia que sólo contiene una parte. Esto constituye una inconsecuencia tanto más grosera cuanto que está condenada por la misma Biblia en la cual pretenden esculdarse los que la cometen. Que la doctrina de Jesus se encuentre en ocasiones expresada por tradiciones orales, confiadas á la guarda de la Iglesia; que los Evangelios no hayan sido ni redactados, ni dictados, ni prescritos por nuestro divino fundador; que haya establecido su obra de enseñanza por medio de la palabra y no por medio de la escritura y sobre todo por la escritura exclusivamente; que todos los libros del Nuevo Testamento, siquiera inspirados, se hallen subordinados al juicio del divino magisterio que preexistia á su composicion, que el universo haya sido convertido por medio de la predicacion; ántes de tener conocimiento de las epis-

tolas y de los Evangelios; que dichas obras hayan sido consideradas por sus autores como meros auxiliares de una autoridad doctrinal que les es anterior; que á pesar de su inmensa utilidad no constituyan parte esencial de la constitucion de la Iglesia, en términos de que esta podría realizar sus funciones sin sus libros, en tanto que ni siquiera puede concebirse haciendo abstraccion de su cuerpo docente, principios son que están al alcance del buen sentido teológico. "Conservad, dice S. Pablo á los de Tesalónica, las tradiciones que se os han trasmitido por escrito ó de viva voz (1)." Por consiguiente no todo se halla consignado en la escritura, y puesto que esta se conserva por sí misma al fijarse, es indispensable la creacion y existencia de personas á propósito para conservar las tradiciones que flotan perennemente mientras no se llega á fijarlas.

Nada más fácil que acumular citas en apoyo de esta verdad.

"Lo que de mí habeis aprendido ante un gran número de testigos, escribe tambien el apóstol, "confiado en depósito á los hombres fieles, que

[1] Thezal. 2.º, c. 11.

“á su vez serán capaces de instruir á los de-  
“más (1).”

¿Es acaso un misterio para nadie que el divino Maestro repite incesantemente á los apóstoles: *Predicad, instruíd, id, enseñad, hablad*, sin que jamás haya dicho, *escribid*? ¿No nos habla S. Juan de varias cosas que hizo el Salvador, y que no pueden encontrarse en los libros? Por consiguiente es indudable que el primer canal establecido para difundir la revelacion en el mundo es la tradicion oral; que el primer vehiculo de la doctrina cristiana ha sido la palabra; y que no puede consentirse en señalarle en la propagacion del Evangelio un papel inferior á la Escritura, puesto que la misma Escritura lo prohíbe terminantemente.

¡Cuantos pueblos bárbaros, segun sienta S. Ireneo, creian en su tiempo en Jesucristo, *sin papeles y sin tinta* . . . . . fieles únicamente á la antigua tradicion (2)? Se concibe, en efecto, que el cristianismo debiera esperar la invencion de la imprenta para tener su verdadero instrumento de difusion, y que hasta aquel entonces, la escri-

(1) Theosal. 2. C. 11.

(2) Adv. haeres. lib. III, c. IV.

tura cuyas comunicaciones que sólo por un reducido número eran comprendidas, hubiese sido la única garantía de una religion universal?

“¿De que serviría, pregunta, Tertuliano, añadir á las Escrituras cuando el uno afirma lo que niega el otro? ¿Sabed ántes quien posee la fe de Cristo, á quien pertenecen las Escrituras . . . a qui encontrareis escrituras no alteradas, y todas las tradiciones cristianas. Para saber lo que reveló Cristo á los Apóstoles es indispensable haber acudido á las iglesias que fundaron, á las cuales transmitieron una enseñanza oral al propio tiempo que les dirigian sus epístolas (1).”

Si, en semejante materia poquisimas autoridades humanas pueden considerarse superiores á la de tan eminente apologeta. ¿Qué es su tratado de las *Prescripciones* sino una refutacion anticipada de todas las herejias, mediante este argumento decisivo: Os habeis contentado con hacer que prevalecieran determinados textos, estais en oposicion con las tradiciones de las iglesias apostólicas, y por consiguiente no podeis jactaros de poseer la verdad?

Orígenes corrobora la misma doctrina por me-

(1) De Prescriptio. c. XIX.



dio de esta palabra tan rotundamente afirmativa. «La única verdad que debe creerse, es la que en nada difiere de la tradicion eclesiástica y apostólica (1).»

San Epifanio hace eco á Orígenes en términos no ménos significativos. «Hay necesidad de la tradicion, dice, porque no todo puede probarse por medio de la escritura (2).» ¿No ha llegado el caso de añadir con S. Crisóstomo, como conclusion al conjunto de esta tésis: «Es la tradicion: no busqueis nada fuera de ella (3)?»

Despues de lo dicho, ya no causa sorpresa que los más celebres teólogos protestantes hayan seguido, respecto del particular, la senda trazada por los Padres y los Concilios, y hayan hecho en el sentido más católico, multitud de manifestaciones que el fin y las dimensiones del presente libro nos impiden continuar.

«Es, dice Semler, dar una prueba insigne de ignorancia en materia de historia, confundir la religion cristiana con el *Nuevo Testamento*, cual si no hubiesen existido cristianos en tanto no

(1) De Principiis Proefat.

(2) Haeres 56.

(3) *Homil.* 4. In e. 3. 11. ad Testa.

recibió este la última mano (1).» Por su parte añade Lessing victoriosamente: «Toda la religion de Jesucristo se practicaba ántes de que hubiese empezado á escribir uno sólo de los apóstoles. La oracion dominical se recitaba ántes de que S. Mateo la insertara en su Evangelio, puesto que Jesucristo en persona se la habia enseñado á sus discípulos. Practicábase la fórmula del bautismo ántes de que la mencionara S. Mateo, porque Jesucristo la habia prescrito (2).»

Finalmente, si se fija la atencion en que el símbolo de los Apóstoles estaba creído y demostrado con anterioridad á todos los libros inspirados de la nueva alianza, el hecho dé que la constitucion de la Iglesia y de su magisterio subsiste independientemente de toda escritura, resulta tan patente, que al tratar de probarlo es más difícil reducir que multiplicar los argumentos, y para negarlo se requiere mucho más valor que conciencia apologetica.

Sea como quiera, no puede desconocerse que de tales premisas resultan importantísimas con-

(1) *Elementos históricos de Hirschirg*, lib. XXII.

(2) *Estudios teológicos póstumos*.

secuencias, por ejemplo: Ceñirse á la escritura rechazando la autoridad tradicional de la Iglesia, vale tanto como proceder en contra de dicha escritura que consagra la referida autoridad. Puesto que la tradicion constituye la primitiva fuente de la revelacion, es indispensable un colegio docente que vele por su conservacion. No cabe dudar que este colegio docente está del todo conforme á la naturaleza del hombre, ser esencialmente amaestrado; pero es preciso confesar que si nuestro magisterio sagrado tiene la aptitud necesaria para guardar nuestras tradiciones, éstas, por su naturaleza, exigen en gran manera el que se las guarde.

Confíad una verdad ó un simple hecho á los hombres por la mera tradicion oral, y antes que transcurra el espacio de un dia, tendreis cincuenta versiones distintas de esa verdad ó de ese hecho. Y téngase en cuenta que no habrá habido una sola persona que á sabiendas haya querido faltar á la verdad; pero con todo esto se habrá tergiversado de mil modos, que así como las rocas pierden sus asperezas al rodar á lo largo de las pendientes, la historia se desnaturaliza cuando se comunica por el intermedio de la circulacion verbal. Imagínese, pues, lo que habría sucedido con nuestras tradiciones si se hubiesen

lanzado al mundo sin que existiera una institucion preservadora encargada de protegerlas: de seguro no existiría al presente en la memoria del catolicismo una sola de las confidencias que se hubiesen hecho hace mil ochocientos años.

Pero, merced á nuestro magisterio divinamente asistido, la memoria de la Iglesia se ve libre de toda corrupcion y de toda falta: nada se ha perdido de cuanto se depositó en esos tesoros; nada se ha alterado de cuanto contienen los mismos. Puede decirse que esta memoria es la más segura y la más vasta despues de la de Dios, y por lo mismo podemos deducir que confiando Jesucristo á la palabra el porvenir de su obra, debia por prevision instituir un cuerpo docente encargado de comprobarla, y que dicho cuerpo ha llenado por su parte la mision que se le confiara, de tal modo, que ha puesto de manifiesto la divinidad de dicha palabra y la de Jesucristo.

La Iglesia es, pues, necesaria como mediadora entre Jesucristo y la humanidad; lo es, particularmente, como depositaria de la tradicion oral; lo es tambien, y finalmente, como guardian de la revelacion escrita.

Reducir toda la economia de la Iglesia á una mera conversacion entre la Biblia y su lector, constituye indudablemente una gran simplifica-



cion en el mecanismo, pero esta simplificacion da como resultado el aumento en el número de las dificultades. El insensato que negara la razon de sér de los tribunales y de la magistratura, so pretexto de que basta el código civil comentado, para que cada francés pueda resolver cuantas cuestiones de derecho puedan presentarse, no igualaria en falta de buen sentido al que invoca como regla suprema de la fé un libro que puede decirlo todo á los que lo leen, y que nada dice á los que no saben leer. Para admitir semejante principio, es indispensable suponer que el concurso milagroso que se niega al cuerpo entero de la Iglesia en la interpretacion de las Escrituras, está concedido á cada protestante, puesto que la Iglesia puede engañarse explicando los textos sagrados, en tanto que el protestante no se engaña nunca. Esto, en último resultado, no es más que la infalibilidad del magisterio sustituida por la del individuo; el órden destronado por una especie de logomaquia; el sentido comun pospuesto al sentido privado.

Y cuenta que, respecto del particular, podemos apoyarnos en las explícitas confesiones de nuestros enemigos. «¿Cuál es, dice un escritor protestante, el principio constitutivo del cristianismo? Es el principio de la individualidad apli-

cado á las materias religiosas: es el yo que se propone, que examina, que se forma una conviccion; puesto que la conciencia tomada como punto de partida, como criterio, es el yo elevado al más alto grado. Ahora bien, como entre los hombres que examinan, no hay dos que vean del mismo modo en todas direcciones, debe resultar precisamente de ello la aparicion de Iglesias individuales. La última expresion, la postrer consecuencia lógica del protestantismo es tantos campanarios como bonetes: el individualismo es su destino providencial: reducir la Iglesia á polvo y á átomos, disolverla, es su efecto inevitable; porque el individualismo es un disolvente tan activo, un agente tan destructor, que acaba por corroerse á sí mismo, despues de haber destruido y disuelto todo lo demás (1).»

Con posterioridad al tiempo en que fueron escritas dichas líneas, no han cambiado las cosas, y el árbol del libre exámen no ha dejado de rendir sus amargos frutos. Apelo á cuantos están al corriente del movimiento protestante: ¿han perdido nada absolutamente de su triste verdad esas palabras de un conocido calvinista?

(1) *Nouvelles Pandores*, 1857, núm. 27.

«Tengo la mala costumbre de llamar á las cosas por su nombre,..... la mayoría de los protestantes no es cristiana. No tanto pertenecemos á la escuela de la negacion como á la de la duda, lo que es muchísimo peor. ¿Sería menester poner en duda la Iglesia, ó definir la Iglesia el pirronismo universal...? La grande hipocresía de nuestro tiempo consiste en que todo el mundo pretende ser cristiano. ¿Puede llamarse cristiana la sociedad que no conserva la doctrina cristiana (1).»

Y un ministro luterano encareciendo, respecto del particular, este punto de vista, que por cierto nada tiene de optimismo, resume en los siguientes términos la teología de su secta. «¿Qué vereis en ella? Que ha dejado de creerse en la Trinidad, en la divinidad del Hijo, en el Espíritu Santo, en el pecado original, en la satisfaccion, en la muerte expiatoria, en los milagros, en las profecías, en la resurreccion, en la ascension del Señor, en el bautismo, en la comunión, y que, en general, cuanto es esencialmente propio del cristianismo, debe desaparecer para ceder su lugar á la razon humana. ¿Qué ha

(1) Archivos del cristianismo, 1848.

quedado, pues, en lugar del cristianismo? El puro naturalismo. A tal punto hemos llegado, que se da al paganismo la preferencia sobre el cristianismo (1).»

El último sínodo protestante ha puesto completamente en evidencia todas las llagas de esa gran herejía. Léjos de formular los símbolos de su creencia, el primero de los dogmas que establece es la libertad de no tener ninguno: no nos ofrece siquiera los restos de una revelacion, sino que á duras penas propone los principios de una filosofía, y en verdad que no sabemos comprender el que ciertos pastores continúen disfrutando tranquilamente las rentas que les proporcionan los beneficios que les están encomendados para desempeñar las funciones de un culto reconocido por el Estado, habiendo olvidado el cumplimiento de los deberes que su ministerio les imponia, para convertirse las más de las veces en profesores de irreligion. El espiritualismo de Cousin y de Royer Colard está muy por encima de la exegesis atea de M. Coquerel.

Tal es el libre examen en sus consecuencias:

(2) De Starob. Kater. filoz.



no es ménos curioso el juzgarlo en sus inconsecuencias.

En rigor no existe un sólo protestante que lo sea bajo la única fé de la Escritura. Todos se orientan de una manera más ó ménos explícita, siguiendo una regla que han rechazado en teoría, sin perjuicio de no cesarse á otra en el terreno de la práctica; la autoridad.

La autoridad de la familia es la primera que siguen en sus determinaciones religiosas, puesto que perseveran en el protestantismo, únicamente por haber nacido protestantes. Miembros de la iglesia anglicana, presbiteriana luterana, calvinista, anabaptista ú otra cualquiera, lo son, no en virtud de una revelacion debida á la lectura de la Biblia, sino en fuerza de una imposicion despótica, resultado de la educacion que recibieron. Nos objetarán, probablemente, que por nuestra parte somos católicos del mismo modo; mas, nosotros, obrando de esta suerte, somos consecuentes con nuestro principio, en tanto que ellos son inconsecuentes con el suyo. En efecto, entre nosotros la religion no constituye una cuestion ni un problema que cada uno pueda resolver, pues siendo por demás reducido el número de dias que el hombre ha de permanecer en la tierra, para que

deba invertirlos en la investigacion del camino que debe seguir, Dios le ha evitado el trabajo que le ocasionaría dicha investigacion, confiándosela á una autoridad docente: de esta manera la religion se le comunica como la vida, y así como la palabra de sus padres le garantiza la legitimidad de su nacimiento, la palabra de la Iglesia es una garantía del origen divino de su religion. Esto es absolutamente lógico. En cambio para el discípulo de la reforma, que pretende resultar exclusivamente de la razon individual, ha de constituir una verdadera vergüenza el hallarse á merced de todas las prevenciones domésticas ó nacionales que comunmente deciden de su fé. No depende de la iglesia; pero en cambio es esclavo de los azares de su nacimiento y de sus relaciones: debe atenerse á las indicaciones de su juicio particular, y todo el mundo gobierna en su conciencia ménos él.

Tambien existe en el protestantismo la autoridad de los pastores, siquiera se halle racionalmente en oposicion con el principio *la Biblia sin comentarios, la Biblia lo es todo, nada más que la Biblia*. Francamente, quisiera saber por qué razon un protestante se toma la pena de molestarle yendo al templo con el objeto de oír la palabra del Espíritu Santo, cuando puede es-

cucharla revestida de la misma autoridad, sin necesidad de menearse del lado de la chimenea; y quisiera también averiguar por qué razón los ministros del santo Evangelio, inundan el mundo entero de libros, cuadernos, tratados y glosas de los santos libros, cuando estos se entienden perfectamente por sí mismos, sin necesidad de comentarios ni explicaciones. De todo lo cual resulta, que la reforma no puede subsistir como no sea renegando del principio en que se funda, porque después de haber rechazado el apostolado docente, lo establece en provecho propio, y después de haber abolido el magisterio, se coloca bajo la protección y dirección de los pastores.

La autoridad de la tradición preside también en ciertos actos de fe del protestantismo, por más que abrigue la pretensión de no obedecer más que á la Biblia. Y si no, díganos ¿por quién le está garantida la Escritura que admite, si no por los Padres de la Iglesia, los Concilios, los Pontífices, el consentimiento de los siglos, en una palabra, por la tradición que rechaza? «Os disputais por la Escritura, les dice Bossuet, y no imagináis que la Escritura ha llegado hasta nosotros por este conducto. Los Evangelicos, las Epístolas de lo Apóstoles no han formado la li-

glesia; esta las ha precedido, las ha recibido; las ha transmitido á la posteridad en su verdadero sentido. Donde existe, pues, la fuente de la fe, es decir, la sucesión de la Iglesia, allí está la verdad de las Escrituras, de las interpretaciones ó exposiciones, y de todas las tradiciones cristianas (1).»

A esta triple autoridad de la familia, de los pastores, de las tradiciones, podemos añadir la de las condiciones sociales, de las costumbres, de los intereses, y accidentes sin número que influyen en su convicción religiosa, y veremos que la mayor parte de los adeptos del examen privado, sin examinar cosa alguna, viven y mueren haciendo oposición y resistencia á la Iglesia por motivos completamente opuestos á sus propios principios, y enteramente conformes á los de la Iglesia.

Confundida en sus consecuencias y en sus inconsecuencias la regla de fe que dimana del sentido privado todavía está más desacreditada, si cabe, por sus imposibilidades prácticas. ¿Háse pensado en lo muchísimo que hay que saber para ser protestante, según el método protestante?

(1) Primera *in*, *post*, sobre los prom. de la Iglesia.



Desde luego es indispensable ser un exegeta consumado. ¿Cuál es el catálogo auténtico de los libros inspirados? ¿Por qué han sido eliminados por la reforma los de Tobías y Judith, en tanto que se ha respetado el de Job? ¿Por qué razon se han declarado apócrifos el de la Sabiduría, el Eclesiastes, y los dos últimos de los Macabeos, en tanto que es aceptado como auténtico por los mismos críticos el Cantar de los cantares? Estas y otras muchas cuestiones está obligado á resolver el protestante sin el auxilio de los libros sagrados, porque la Escritura no puede ser probada por la Escritura, sin el concurso de la tradicion y de la Iglesia, puesto que no pueden ser admitidas; y por la mera *Persuasion interior del Espíritu Santo*, que no persuade del mismo modo á dos lectores. Hé ahí cuánto un honrado luterano debe decidir, so pena de no ser luterano sino en virtud de una regla católica.

Es menester, además, que sea consumado lingüista, que posea el hebreo, el griego y el latín, para verificar la exactitud de los textos que se leen en todas las traducciones, desde el original primitivo hasta la última; que penetre el sentido divino de dichos textos, y que haga el recuento de los artículos de fé que en ellos se contienen.

San Pedro encontraba en las epístolas de San Pablo cosas de difícil comprension; San Ambrosio apellidaba la *Escritura mar de insondables abismos*; el mismo Lutero sentaba que eran menester cinco años de perseverante cultivo para llegar á comprender las geórgicas de Virgilio; veinte años en el manejo de los negocios públicos para ver claro en las cartas de Ciceron; y cien años de trato con los profetas y los Apóstoles para saborear las Escrituras (1); mas su discípulo, siquiera sea un aldeano ó una pobre mujer del pueblo, deben penetrar á primera vista á través del sello de esos misterios.

Cierto que los doctos han escrito muchísimos y voluminosísimos libros sobre cada uno de los versículos de la Biblia; que las sectas protestantes han dado más de doscientas interpretaciones á estas palabras: *Este es mi cuerpo*; que el doctor Thiess ha registrado ochenta y cinco explicaciones de la parábola del administrador injusto, y ciento cincuenta de un texto de San Pablo; pero gracias al *rayo de luz* ó al *gusto interior*, el protestante deberá distinguir constantemente lo verdadero de lo falso en materio de traduc-

(1) Andía, *Vida de Lutero*, t. II.

cion, de interpretacion, de aplicacion de escrituras, sopena de dejar de ser protestante, porque desde el momento en que acude al auxilio de autoridades, prescinde de la inspiracion privada para penetrar de nuevo en la fè católica.

Por último, debe ser un teólogo consumado, porque por la sola luz de la Escritura debe dirigir todas las controversias y todos los debates que surgen relativamente á la revelacion. Téngase en cuenta que las escrituras nada contestan á los que las interrogan, no acusan á los que las desfiguran, y sólo pueden proporcionar las pruebas de la revelacion á los que las conocen. Atentos á esto, juzgamos oportuno poner término á la presente exposicion valiéndonos de un profundo pensamiento formulado por Platon en estos términos: "El hombre que debe á la escritura cuanto sabe, jamás tendrá otra cosa que la apariencia de la sabiduría. La palabra es á la escritura lo que un hombre á su retrato. Esa especie de producciones se presentan á nuestros ojos como vivientes; pero si se las interroga, callan dignamente. La escritura no puede defenderse porque jamás se halla su padre á su costado para sostenerla. El que imagina poder establecer una doctrina clara y duradera por medio de la simple escritura, es un solemne mente-

cato. Si poseyera la verdad, se guardaria muy bien de creer que con un poco de licor negro y con una pluma, pudiese hacerla germinar en el universo (1)."

Si consideramos al presente que esa regla de fè debe hallarse al alcance de todas las inteligencias, y que una gran parte de los individuos no tienen sin embargo ni el tiempo ni los conocimientos indispensables para leer las escrituras: que debe ser aplicada con facilidad, puesto que todos estamos obligados á poseer desde la infancia un símbolo claro y determinado; que debe excluir, no sólo el error, sino tambien los peligros del error, puesto que en materia de fè no se permite la duda, no podrémos ménos que preguntarnos, ¿cómo es posible que puedan existir en la tierra ciento cincuenta millones de hombres apartados del verdadero cristianismo en virtud de semejante mistificacion lógica? Resulta pues que solo prescindiendo de los deberes que impone la razon, y entregándose al indiferentismo religioso que es su resultado natural, el protestantismo solo puede constituir el culto de las gentes ilustradas.

(1) *In Phaed.*



Es preciso reconocer que si ese culto fuera verdad, Jesucristo se habria equivocado al proclamar esta nueva: *Los pobres son evangelizados*, porque en virtud de dicho sistema los pobres quedan privados de luz, y todo aquel que no haya recibido la investidura superior en literatura sagrada, en hermenéutica, y en teología, es absolutamente incapaz de llegar á la posesion de la verdad, segun el método de Lutero y de Calvino.

De estas consideraciones resulta de un modo patentísimo la necesidad de una Iglesia docente y la de su infalibilidad. Poco importa en efecto que la Escritura no engañe, si puede engañarse el que la lee ó la interpreta. Y hé ahí una economía fundada en la naturaleza, que solo el catolicismo ha podido realizar.

Por lo mismo que el hombre tiene una necesidad absoluta de la verdad, Dios debía colocar en alguna parte el depósito de la misma; y no pudiendo abrigarse respecto de dicha verdad la duda más insignificante, sopena de que de ello resultara para el hombre más mal que bien, Dios debía ponerla bajo la salvaguardia de la infalibilidad; y como la infalibilidad no podia subsistir sin órgano que la entrañara, Dios debía crear la Iglesia con el objeto de que llenara tan

importante funcion. Nada más conveniente y luminoso que esta economía. La Iglesia es la sociedad de las almas; constituye los Estados de la verdad sobre la tierra; y así como en los Estados ordinarios existe un poder supremo que juzga en última instancia y que no puede ser juzgado, debe existir tambien un tribunal superior en el reino de los espíritus, sin más diferencia que lo que en el órden temporal se llama soberanía, en la esfera dentro de la cual nos encontramos, debe llamarse infalibilidad, puesto que los cuerpos obedecen á un hombre porque empuña el cetro y las almas solo se doblan á la realizacion del mandato, cuando saben que no puede engañarse el que lo dicta.

Hé ahí pues un órden perfectamente conforme á la naturaleza y favorable al reposo de los espíritus. La Iglesia lo ha inaugurado reemplazando las contiendas individuales por una enseñanza maternal. Una madre afirma; pero no demuestra. Los doctores disertan, los maestros argumentan, una madre dice: Esto es ó esto no es: *est est, non non*, y su autoridad se pone por encima de todas. De esta suerte la Iglesia en su método de propaganda, deja la controversia á las escuelas, limitándose por su parte á hacer ó sugerir actor de fé. Otros adquieren conviccion.

nes por medio de razonamientos, ella los forma como Dios, por medio de la palabra, y la humanidad sigue con una especie de maravilloso agradecimiento esa voz que la dispensa de escuchar, se y de conducirse á sí misma.

Y no se vaya á presumir que la Iglesia cautive simplemente á los débiles de espíritu, pues desde S. Agustin à Bossuet no hay galería alguna de hombres ilustres que á la suya pueda compararse. Ni se crea tampoco que la Iglesia, màs bien que firmes convicciones, alcance adhesiones entusiastas: se la cree más que á la creencia, más que al génio, más que á las escuelas rivales, màs que á las muchedumbres, más que á sí mismo, y en tanto que no hay un sólo protestante capaz de morir por un descubrimiento ó una inspiracion propia de su sentido individual, nos contamos por millones los católicos que en vista de una tiranía cualquiera encaminada á quitar un ápice de los artículos de fé defendidos por la Iglesia, estaríamos dispuestos á subir al suplicio para levantar nuestra mano y entregar al verdugo la cabeza diciendo: Crec.

Fuera de esta autoridad protectora de la infancia, del pueblo, del vulgo, y hasta de las gentes esclarecidas, contra los peligros del error, ¿qué es lo que vemos? Las anarquías intelectua-

les cambian: pero la anarquía es inmutable. Unas veces encontramos iglesias nacionales cuya infalibilidad se halla reemplazada por la fuerza: otros millares de sectas, *que hasta de nombre carecen por lo mismo que los nombres sobran*: otras por último una falsa independencia en la cual el libre pensamiento prescinde de la verdadera infalibilidad para someterse á la de todos los fetiches, cuando no se humilla hasta la suya propia.

No me sorprende sin embargo el que las sectas no se decidan á reclamar semejante prerogativa. Consiste esto en que si para alcanzar la fé de los demás, es indispensable proclamarse infalible, no es posible acometer tal empresa sin exponerse á las burlas del universo. Por esto cada vez que me acuerdo de que únicamente el catolicismo ha osado sostener esta pretension, y sobre todo que sólo él la ha justificado desde hace diez y ocho siglos, por medio de su infalibilidad doctrinal, no puedo ménos que experimentar la más profunda felicidad al recuerdo de esa profesion de fé llegada à nosotros al través de los siglos: me llamo cristiano, me apellido católico. *Christianus nominor, catholicus cognominor.*



## II.

Hasta el presente nos hemos mantenido dentro los límites del terreno especulativo. Hemos visto que lógicamente, el verdadero cristianismo debe estar constituido en sociedad bajo de una autoridad docente; mas en el terreno de los hechos, ¿existen esta sociedad y esta autoridad? No vacilo en contestar afirmativamente y voy á probarlo.

Que Jesucristo ha instituido, para los fines que dejamos expuestos, una verdadera sociedad religiosa, es un hecho histórico y un dogma de fé. Apelo en prueba de ello á la sinceridad de todos los adoradores de su divinidad que no estén en camino de renegar de dicha divinidad ó de suscribir á la realidad de una fundacion que ha garantido en términos tan formales.

O el sentido comun escriturario no existe, ó cuando Jesus dirigiéndose al principe de los Apóstoles le decía: «Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, se referia á la agregacion de fieles que profesa su doctrina y depende de su Vicario sobre la tierra. Tambien se referia á la misma sociedad constituida en tribunal supremo al decir: «Si os viereis precisados á levantar queja contra vuestro hermano, dirigidle vuestras correcciones directamente; si nó heiere caso, amonestadle ante dos ó tres testigos; y si aún así no las escuchara denunciadlo á la Iglesia: despues de lo cual, supuesto que resista aún, será considerado como pagano y publicano.»

¿Qué significado cabe dar á estas palabras de S. Pablo «Jesucristo es el jefe de la Iglesia que es su cuerpo místico,» si la Iglesia no constituye una sociedad espiritual en el sentido que dejamos expuesto? Y estas otras, «Jesucristo ha llamado á su Iglesia y se ha sacrificado para conservarla inmaculada,» ¿como cabe entenderlas, si la Iglesia no constituye esa organizacion social que se ofrecerá siempre más clara por sí misma al espíritu del lector, que por medio de todas las definiciones de los apologistas?

Nos hemos tomado el trabajo de contar en

los libros del Nuevo Testamento más de veinticinco pasajes relativos á las persecuciones, á los temores, á los goces de los miembros, partiendo de la existencia de la Iglesia, y si tuviésemos la desgracia de ser protestantes, nos parece que no habria preocupacion alguna, hija de la educacion, que pudiera arrebatarlos á las sindéresis que debe excitar en la conciencia del que los desconoce la simple revision de los referidos textos.

Y no se diga que la Iglesia existia cuando dichos textos fueron escritos, pero que desapareció despues; porque semejante manifestacion es contraria á la promesa de Jesucristo: *«Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella»* y á esta otra: *«Permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* Es contraria á la razon, porque por lo mismo que la revelacion estaba guardada por testigos auriculares en tiempo de los apóstoles, no habia tanta necesidad de que estuviese guardada por la Iglesia; pero más adelante esta fué la depositaria indispensable de una doctrina cuyos primeros discípulos habian desaparecido, y que de seguro habria acabado por desaparecer ella misma, si no hubiese existido una institucion especial para perpetuarla. De dónde se desprende, que sea el que quiera el

camino que sigamos llegaremos siempre á la misma conclusion: ó Jesucristo fué un fundador sin prevision, ó estableció para lo porvenir y no para una sola generacion de oyentes privilegiados.

Mas, ¿puede concebirse la fundacion de una sociedad destinada á la enseñanza de las generaciones venideras, sin establecer previamente en dicha sociedad una autoridad docente? La razon no puede admitirlo, porque sin una autoridad para unir las inteligencias que componen la comunidad, sólo existirian entre las mismas lazos de compañerismo, no de solidaridad; una aglomeracion de individualidades, no un todo homogéneo. En lo espiritual, como en lo temporal, la idea de la sociedad implica la de un poder que hace un todo de las diversas partes; que constituye el centro de su convergencia y de sus movimientos.

El protestantismo presume poder eludir esta verdad fundamental, designando bajo el nombre de Iglesia, la coleccion de aquellos que sin hallarse sometidos á ningun poder doctrinal ó disciplinario, deducen de la Biblia la regla de su fé y de sus costumbres; pero el sentido comun hace á esta monstruosa concepcion la justicia que merece. Una Iglesia que abrigase, al par, al protestante ortodoxo que admite la divinidad



de Jesucristo, y al protestante independiente que ni siquiera admite la personalidad de Dios; al protestante místico que se imagina inspirado por el Espíritu Santo, y al protestante racionalista que ni cree siquiera en la inspiración de los libros santos, no sería más que una especie de hospedería para las inteligencias, semejante á las que existen en Oriente para las caravanas, y en manera alguna una sociedad de inteligencias: una invención encaminada á prescindir de la verdadera Iglesia, no una imitación formal de la misma.

Así es como habla la razón, respecto del particular, y el Evangelio no la desmiente.

Es evidente que Jesús eligió entre sus discípulos doce con el propósito de educarlos de una manera especial; que durante tres años los trató con la mayor intimidad, hablándoles en términos llanos y sin valerse de símbolos ni parábolas; que inflamó su fé, su celo, su valor: y que les preparó para una grande empresa, de la cual les habló sólo vagamente.

Es evidente también, que más adelante Jesús dejó entrever á dichos discípulos el propósito que abrigaba, ora manifestándoles que como él serían la luz del mundo; ora inculcándoles la necesidad de predicar á las gentes lo que él

les confiaba secretamente; ora enviándoles como mensajeros para que ejercieran el apostolado en los pueblos que tenía resuelto visitar: ora confiándoles, ántes de la última cena, que su misión personal iba á concluir, y que estaba próxima á comenzar la de cada uno de ellos.

Por último, llega la hora de su ascension y de legar á la Iglesia su voluntad suprema, y en este instante se expresa en términos más explícitos y confía á sus apóstoles el mandato creador que los transforma en doctores y en conquistadores.

«Así como mi padre me ha enviado . . . yo os envié. Estoy dotado de todos los poderes no el mismo en el cielo que en la tierra: id pues, enseñad á todas las naciones bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, encargándoles que cumplan cuanto os he ordenado, y permaneceré con vosotros hasta la consumación de los tiempos.»

*Y en otra parte: Recorred el mundo entero, predicad el Evangelio á todas las criaturas, el que crea y sea bautizado alcanzará salvación, el que no crea será condenado.*

Esto sentado, no cabe más recurso que arrojar el Evangelio ó inclinarse ante las siguientes conclusiones: luego, y toda vez que los apósto-

les fueron enviados, como á su vez lo habia sido Jesucristo, heredaron del mismo la plenitud de su poder para enseñar y mandar; luego, puesto que su mision se estiende á todas las naciones, al universo entero, á todas las criaturas, nadie absolutamente puede sustraerse á la autoridad de su magisterio, sin renunciar á la Iglesia; luego, y toda vez que será condenado el que no crea en ellos, su colegio apostólico es el único medio externo que se ha instituido para llegar á la fé y á la salvacion, y el protestante que se emancipa del mismo invocando la Biblia, no hace más que convertirla en testigo falso contra la palabra de Dios, de cuantas existen la más perfecta y la más indubitable.

Despues que Jesucristo se elevó á los cielos su institucion no quedó reducida á letra muerta, puesto que continuó funcionando en la manera que habia dispuesto. Completados los doce por la eleccion de Matías, ejercieron una autoridad suprema en la transmision de la doctrina y en el gobierno de la comunidad cristiana.

Dotados del espíritu de verdad, en virtud de la promesa de Jesus, predicán el Evangelio á los judíos y á los paganos, primeramente en Jerusalem, despues en toda la Judea y la Samaria, y más tarde hasta los últimos límites del mundo

conocido, confirmando Dios su promesa por medio de los mila gros.

Convertidos al cristianismo por el intermedio del apostolado los judíos y los gentiles, lo consultan en todas sus dudas, le confían la resolucion de cuantas dificultades se les presentan, y se someten á sus decisiones, segun claramente lo dan á entender las epístolas de los apóstoles.

En el punto y hora en que entre los fieles surgen *novadores*, se reunen los apóstoles y los más ancianos, bajo la presidencia de Pedro, y en un juicio supremo definen la verdad que toda la Iglesia recibe de ellos, y confiesa sin apelacion, segun nos lo manifiesta el libro de las actas.

Finalmente, en cuanto empiezan á pulular las herejías, aun en vida de los apóstoles, estos las refutan, las exterminan, y declaran incurso en anatema hasta al ángel que bajara del cielo para anunciar un Evangelio distinto del suyo.

Si todos esos textos, si todas esas demostraciones no prueban hasta la evidencia que la Iglesia ha sido establecida, propagada y defendida por un ministerio de institucion divina, suprimámos la autoridad de Cristo, de los apóstoles, de la era apostólica; y si los protestantes se empeñan en desconocer tan palmaria verdad, digamos terminantemente que no es porque crean



mucho en la Biblia, sino precisamente porque no crean en ella lo bastante.

¿Será preciso añadir que este magisterio ha de haber sido constituido en las condiciones de seguridad y de indefectibilidad suficientes para proporcionar cuantas garantías pudiesen apetecer las inteligencias sometidas á su direccion? Una autoridad con la cual *está siempre Jesucristo*, no podría engañarse sin que se engañara también Jesucristo: un poder al cual promete Dios ratificar todos los actos en el cielo, no puede equivocarse sin inducir á error al mismo Dios: un oráculo doctrinal cuyas decisiones es preciso acatar so pena de condenacion, no puede ser falible sin que la salvacion de los hombres quede á merced de un cruel empirismo, y queden sujetas á discusion la justicia y la bondad de Dios.

«Todo el privilegio de la Iglesia consiste en enseñar la palabra de Dios á los hombres sin que pueda transformarse en error. ¿Cómo enseñar al género humano, cómo exigirle fé, sin la posesion de la infalibilidad? de aquí que toda religion que no se proclame infalible, está convicta de error, puesto que confiesa tácitamente que puede engañar, circunstancia que constituye el colmo del absurdo al par que el de la deshonra,

en una autoridad que enseña en nombre de Dios (1).»

¿Será menester probar también que ese magisterio ha sido destinado á todos los siglos y no á uno sólo? El sentido comun responde: por lo mismo que Jesucristo edificó para siempre, no puede haber dogmatizado para una sólo época; por lo mismo que Jesucristo prometió la universalidad de los tiempos y de los países á su enseñanza, *omnes gentes, omnibus diebus*, no puede reducir este dominio sin caer en contradiccion, sin desmentirse. Por lo demás, en el momento en que dejara de existir la enseñanza de la Iglesia, prevalecerian contra ella las puertas del infierno, sin que fuese ya posible restablecer la derribada columna de la verdad.

A más de que, ¿es por ventura un misterio que los apóstoles transmitieron el magisterio que habian recibido? ¿No ha vivido en esta persuacion el catolicismo hasta tanto que apareció la protesta suscitada por la doctrina de Lutero? ¿No son perfectamente conocidos el ejercicio, los representantes, las asambleas solemnes, las decisiones irreformables de ese magisterio desde

(1) Lacordaire, la Iglesia, segunda Conferencia.

el primer Concilio de Jerusalen, hasta el de Trento? ¿Pueden cerrarse los ojos á esta verdad histórica sin apostatar de la fé de los antepasados ménos sospechosos? ¿Los mismos herejes de todas las épocas, no han empezado por ventura su rebelion por un acto de fé á ese magisterio, apelando de su condenacion al Concilio próximo?

Despues de la escritura y la historia, la experiencia de todos los dias nos enseña que la vía de autoridad es la más breve y la más segura para formar las convicciones en el individuo, para mantener la unidad en la sociedad religiosa, y que desde el momento en que no creen los pueblos basados en la fé de una autoridad doctrinal, no transcurre mucho tiempo sin que no crean en ninguna. No se vaya á presumir que los simples y los ignorantes sean los únicos en reclamar los beneficios de este método de enseñanza; no, los que guiados por su razon más duras han concebido, son por punto general los más inclinados á erigirse en dependencia, convencidos de lo impotente de sus ensayos, y de lo infructuoso de sus tentativas y vacilaciones.

«No os molesteis, decía Agustin Thierry, á un célebre apologista, me es imposible seguirlos en vuestras demostraciones de filosofía religiosa. Todo ello será muy bueno para otros, mas no

para mí..... Yo no soy más que un racionalista que se confiesa cansado y se somete voluntariamente á la autoridad de la Iglesia. Veo los hechos, veo por la historia, la necesidad de una autoridad divina y visible á fin de que pueda desenvolverse de la manera correspondiente la vida del linaje humano. Ahora bien, cuanto permanece fuera del cristianismo no debe tenerse en cuenta; mejor aún, cuanto existe fuera de la Iglesia católica carece de autoridad: por consiguiente la Iglesia católica es la autoridad que busco y á la cual gustoso me someto. Creo cuanto la misma enseña, y acepto el símbolo de su fé (1).»

¿Qué diremos de una religion que en las postrimerías de una vida cuyas fuerzas han agotado tremendas agitaciones, y cabe la muerte pronta á devorar el último instante del tiempo disponible para la investigacion, sólo puede ofrecer una biblia para recomponer su símbolo, á esas almas anhelantes y exhaustas? ¿Qué decir, repetimos, de esa religion, sino que prescinde

---

(1) Grisy. Carta al Arzobispo de Paris.



por completo de los intereses de la humanidad, ó que explota en provecho propio la necesidad de la region?

## CAPITULO II.

LA VERDADERA SOCIEDAD CRISTIANA HA MENESTER

UN JEFE INFALIBLE.

Que el verdadero cristianismo debe estar constituido bajo una forma social, y en manera alguna formando una mezcla confusa de individualidades independientes entre sí, es un principio afirmado por S. Cipriano cuando dice que Dios ha establecido la Iglesia para que sea la depositaria, el órgano, si conviene, el intérprete para conservárnoslas; el órgano para anunciárnoslas; el intérprete para explicárnoslas. Todo lo dicho resulta de nuestra exposicion sobre la necesidad de una institucion destinada á servir de media-